

GIGANTE

BAILE
TRAGOS
AMIGOS

O. M. Soto-Cudnoch

Gigante

Luis había llegado esa tarde noche a Comodoro. Había escuchado mil cosas sobre la ciudad. La mitad malas, las otras más o menos. Pero lo que obsesionaba a Luis no era tanto la ciudad, ni el hecho de que su tía Dora lo hubiera invitado unos días. Lo que ocupaba la mente del joven era la posibilidad de ver, por fin, el grande e infinito mar.

Ya era tarde, pero no pudo resistir ir a mirar a la calle. Su tía vivía por la

avenida Rivadavia, cerca de la Sociedad Rural, ahí donde abundan bares de mala muerte y boliches trasnochadores.

No sabía qué hora era. No tenía reloj, nunca lo tuvo. Tampoco ayudaban las estrellas, que eran prácticamente invisibles desde la ciudad. Luego de mirar coches y personas, pasaron frente a él dos chicas. Una de ellas lo miró de arriba a abajo. Se detuvieron.

—Hola, gauchito —dijo una de ellas.

—Buenas —respondió el joven.

Una de las chicas no tenía miedo de mirar y de hablar. La otra, alta, más delgada y de rasgos delicados, miraba hacia otro lado.

—Buenísimas las bombachas. Y los zapatos también. ¿Cómo se llaman?

El chico se miró los pies. Nunca había escuchado esa pregunta.

—Son alpargatas. Sus vestidos también están lindos.

La primera chica lo miraba con sonrisa pícara.

—Soy Andrea Gutiérrez. ¿Cómo te llamas?

—Luis.

—¿Luis qué? —insistió Andrea.

—Luis no más.

—Mucho gusto, Luis Nomás. Ella es mi hermana Cristina. Cristina La Deforme —agregó con malicia.

Luis miró a la chica. Era muy hermosa, con los cabellos negros y largos y una cara muy blanca.

Cristina tomó entonces su colgante de concha marina que tenía sobre la garganta con una cara sin expresión. Seguramente había oído el chiste cien veces.

—Ja... ja. Soy deforme porque tengo la concha en el cuello. Hola.

Luis asintió indicando que entendía.

—Es tarde, chicas. ¿Pa onde van?

La chica más atrevida hizo un gesto de tener frío, tocándose los brazos desnudos.

—Nuestro gran amigo Marcos nos dejó plantadas. Nos iba a llevar a bailar pero... —las dos hicieron el gesto con las manos de “no sé”.

—¿Y vos? ¿Qué onda?

Luis se miró las alpargatas otra vez.

—Yo estoy mirando la calle, no más.

—Ah, mirando chicas, ¿eh? —dijo Andrea—Sí, a esta hora salen a bailar y como a las seis vuelven borrachas.

Luis hablaba principalmente con Andrea, pero no podía evitar mirar también a Cristina. La sonrisa de

Andrea evidenciaba que lo había notado.

—Che, gauchito. Vení con nosotras. Se pone lindo Gigante. Hay muchas chicas, vino, fasito...

El joven la miró sin estar seguro sobre el contenido de la propuesta.

—Te invito a bailar, nada más. No te hagás la película, chabón. Todo bien. Vamos —dijo Andrea y lo tomó de la mano.

Cruzaron al boulevard que separa ambas manos de la avenida. Andrea había cruzado su brazo al de Luis. Cristina caminaba del lado de su hermana.

—¿De dónde sos, Luchito? —disparó Andrea.

—De Buen Pasto.

—¿Por dónde queda eso? —preguntó Cristina.

Luis miró un poco donde deberían estar las estrellas.

—Y... al norte de Sarmiento. Más tirando pal centro de la provincia.

Cristina lo miró de nuevo.

Andrea siguió con el cuestionario.

—¿Qué hacés allá? ¿Trabajás... estudiás?

—¿Cuántos años tenés? —interrumpió Cristina.

Luis, que iba tomado del brazo por Andrea no sabía qué contestar primero.

—Cumplí veinte hace poco. —Miró a las dos chicas— ¿Y ustedes?

—Ehh... eso no se le pregunta a una dama. Ubicate —dijo medio riendo Andrea.

Luis se puso colorado.

—¿Y qué hacés allá? —insistió la chica.

—Trabajo como... peón rural.

Cristina volvió a mirarlo.

—¿Qué hace un peón rural? ¿Ordeñas vacas?

El chico soltó una risa.

—No hay vacas en Chubut. Trabajo con las ovejas. Las cuido, las esquilo, las faeno.

—¿O sea que matás ovejitas? —
interrumpió Andrea con la voz cambiada.

—Para comerlas antes hay que matarlas, ¿no? —se defendió el chico, ya relajándose un poco.

—¿Te imaginás comerlas cuando están vivas? —se sumó Cristina— ¡Ay, mi patita!

Los tres se rieron.

—¿Qué haces en Comodoro? —
continuó Andrea.

—Vine a ver a mi tía y...

—¿Y qué? —lo apuró Cristina.

—Quiero ver el mar.

Las dos chicas lo miraron. Por un rato siguieron así, en silencio. Entonces Cristina habló.

—Yo sueño con andar a caballo... por el campo.

Casi de forma imperceptible, Andrea le dio un pequeño codazo a la hermana.

Luis se había puesto la mano a la altura del pecho.

—Le he rezado a la virgencita que me permita ver el mar —siguió diciendo Luis.

Las chicas no hicieron comentarios.

Casi sin darse cuenta, había llegado al boliche. Luis miró hacia arriba. Con grandes letras se veía escrito “Gigante”.

A medida que la gente iba entrando iba pagando. Los hombres eran palpados por un señor moreno y alto. Luis no entendía bien qué pasaba.

Andrea le explicó.

—Los palpan por armas. Algunos vienen calzados.

Luis, inmediatamente dio un paso atrás.

—¡Yo no puedo entrar! —dijo y luego bajó la voz— tengo mi facón.

Andrea lo miró extrañada. Lo tomó del brazo y se lo llevó para un costado, donde casi no había luces. Luis sacó de su espalda un cuchillo de gaucho de tamaño importante.

—Y no. No vas a poder entrar con eso —dictaminó Andrea— lo que podría pasar es que te lleven detenido, por asesino serial de ovejas.

Cristina miraba desde el costado. Comenzó a observar el lugar en que estaban. Señaló unos arbustos

frondosos, al lado del único árbol de la calle.

—Lo ponés ahí. Nadie está mirando. Y cuando salimos lo pasás a buscar.

Luis miró las matas. Miró a Andrea que aprobó la idea con la cabeza.

El muchacho puso delicadamente su arma entre las matas, prestando atención que nadie mirara. Se acomodó las ropas y se acercó al boliche con las chicas.

Al llegar a la puerta, el señor de seguridad lo miró de pies a cabeza y preguntó.

—¿Vos de dónde sos?

—Buen Pasto.

El seguridad le dio una palmada en el pecho y soltó.

—Vos acá no pagás, amigo. Adelante
—dijo y lo hizo pasar sin revisarlo.

Cuando estaban adentro, Luis observó que las chicas no habían pagado.

—¿Ustedes son amigas del policía?
¿No pagan?

Las chicas casi riendo confesaron.

—Las chicas no pagan acá.

El chico asintió mientras subía las escaleras.

Al llegar arriba se escuchó la música con todo su poder. Luis amagó con taparse los oídos, pero las chicas parecían tomarlo como algo natural. Él también se mostró relajado.

En cuanto entraron, Luis no podía dejar de mirar las luces. Las había de todos colores. Luego notó a las chicas bailando. Usaban vestidos pequeños o pantalones muy cortos. Entendió por qué Andrea y Cristina se vestían así en la noche fría.

Andrea lo tomó de la mano y se lo llevó, casi a la rastra al centro de la pista.

Luis se acercó a la oreja de Andrea, con cara de pánico.

—Yo no sé bailar —le confesó el muchacho.

Andrea, con su semirisa eterna le contestó.

—Yo tampoco —y comenzaron a bailar una cumbia.

Estuvieron así por un rato largo. Pasarían más de diez canciones cuando Andrea llevó a Luis hacia la barra. Se sentaron en las bancas altas. La chica le hizo unas señas al barman y este les trajo unas cervezas.

Andrea chocó su vaso con el de Luis “por la noche de Comodoro”, dijo ella.

Mientras Luis admiraba las luces alguien se acercó. Era una mujer de vestido violeta ajustado y cabellos enrulados claros. Le dio un beso y un abrazo a Andrea. Luego se dijeron algo entre ellas y Andrea llamó a Luis.

—Ella es Fer, nuestra amiga —dijo Andrea sonriente.

Fer se acercó y le dio un beso en la mejilla al joven.

—Hola, Luis —dijo ella con voz de hombre.

El muchacho quedó unos segundos sin moverse. Estaba justo mirando hacia el suelo. Siguió con los ojos ahí.

Andrea le pegó un codazo.

—¿Todo bien, che? —le dijo al gaucho casi como una amenaza.

—Sí, sí —respondió Luis.

Entonces alguien pasó saludando a Andrea, que salió a las risas hacia un costado.

Fer se sentó al lado de Luis y lo miró.

—¿Estás bien? —le preguntó al chico.

Él levantó un pulgar en señal de “bien” y le sonrió lo más honestamente posible.

Se miraron unos segundos. Entonces Luis le ofreció el vaso a Fer para beber juntos. Ella aceptó.

Así escucharon un par de canciones. Fer hacía como que cantaba y luego Luis aplaudía. En un momento, Fer le toca el brazo al chico y le señala un costado de la pista. Allá, del otro lado, Cristina parecía estar discutiendo con alguien.

Luis miró con más atención. Cristina estaba al lado de un hombre, de alguien de más de treinta años. Ella parecía empujar su cara, el hombre quería, claramente, besarla.

El gaucho saltó del banco y empezó a caminar, pero había muchas personas entre él y Cristina. Pudo ver que el hombre comenzó a arrastrarla hacia un costado. La perdió de vista.

Finalmente llegó hasta el lugar donde la había visto por última vez. En un costado, había unas puertas de metal oscuro. Luis fue a la primera y la abrió, era el baño de mujeres. Abrió la otra puerta. Allí estaban, el hombre ya sobre Cristina, que estaba llorando.

Luis se tiró con todo el peso sobre el hombre. Ambos cayeron por un costado. El otro se puso de pie, era claramente más alto que Luis, y mayor también.

Luis pudo ver que Cristina se estaba subiendo la ropa interior. En el momento de ver eso, sintió el golpe en la cara.

Cuando se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, estaba siendo llevado, entre dos hombres, a través de la gente del boliche.

Lo hicieron bajar las escaleras con los pies casi en el aire. Miró alrededor y no vio ni a las chicas ni al hombre que lo había golpeado.

Finalmente llegó hasta la calle, siendo empujado por el hombre grande y moreno.

—No vuelvas a entrar, Buen Pasto —dijo y cerró la puerta.

Afuera estaba el otro hombre, el que quiso abusar de Cristina. Intentaba pararse. A este lo habían golpeado.

Inmediatamente llegaron desde adentro las tres chicas. Andrea comenzó a insultar al otro hombre. Ahí fue que salieron otros dos hombres. Ayudaron a ponerse de pie al primero.

—Este hijo de puta me pegó allá adentro —dijo el que había llevado a Cristina al baño.

—Y vos sos un violín. Turro —replicó Fer.

Uno de los hombres que había salido después se paró frente a Fer.

—Puto de mierda —dijo y sacó algo de entre las piernas. Era una navaja, la abrió.

Luis se interpuso entre el metal y Fer. Andrea había quedado muda, Fer estaba detrás de Luis. Cristina se fue corriendo.

El otro hombre comenzó a rodear a Luis. Sacó otra navaja.

Luis alejó con las manos a Fer, para que le dieran espacio. Miró al hombre a los ojos, como asintiendo.

Entonces llegó corriendo Cristina.

—¡Gauchito! —dijo y cuando Luis la miró, vio su facón volando hacia sus manos.

Fue casi imposible de ver. Luis desenvainó el acero y avanzó. Los dos hombres soltaron las navajas antes de comprender que tenían los brazos abiertos por los tajos.

Un poco a los tropezones, los tres empezaron a correr en dirección sur, dejando las navajas en el suelo.

Andrea tomó del brazo a Fer y a su hermana. Le hizo un gesto a Luis.

—Vamos para allá —murmuró señalando la dirección opuesta a la que usaron los hombres.

A medida que se alejaban de la escena, también se apagaba la música de Gigante. Los corazones de los tres bombeaban a toda máquina. Los cuatro miraban continuamente hacia atrás, pero nadie los seguía.

Caminaron cuesta abajo durante un rato largo. Y largo fue el tiempo en que no hablaron.

Pasaron por el centro de la ciudad dormida. Pasaba, ocasionalmente, algún coche. De pronto, Luis se dio cuenta hacia dónde iban.

Pudo ver la línea del horizonte, ya azul de amanecer. Caminaron por las millones de piedras redondeadas de la costanera de Comodoro. Entonces las chicas se detuvieron y se dejaron caer sobre las piedras.

Cada tantos minutos, Cristina miraba sobre su hombro.

—No van a venir —dijo Fer— le tienen más miedo a Luis que nosotros a ellos.

—¿Siempre es así cuando salen? —les preguntó Luis.

Las chicas no contestaron. Estaban con la mirada perdida en el mar.

El sol aún no se dejaba ver, pero el cielo se había vuelto azul, un azul tan intenso que Luis no recordaba haberlo visto así en el campo, allá donde Buen Pasto lo esperaba.

El sonido de las olas pasando por entre las muchas piedritas creaba un sonido hipnotizante. El chico sintió que podría

escucharlo para siempre, sin aburrirse, sin tener que dormir, comer o preocuparse.

Cristina se quitó los zapatos. Miró a Andrea, que hizo lo mismo. La siguió Fer. Las tres se pusieron de pie y miraron a Luis.

El chico se quitó sus alpargatas y se arremangó las bombachas.

Caminaron lentamente hacia el agua en un proceso casi ritual. La primera ola le enseñó a Luis que el mar en Comodoro es frío, muy frío. Avanzaron unos pasos más. El agua ya casi les llegaba a las rodillas.

Fer empezó a balancearse, como bailando sin mover los pies. Andrea sonrió por primera vez desde que salieron de Gigante. Cristina seguía mirando el mar, con el agua hasta las pantorrillas.

Andrea se acercó a Luis, apoyó su cabeza sobre el hombro del chico y le susurró.

—Cris tiene solamente quince —Luis la miró un poco asustado— Le salvaste la vida, gauchito.

Cristina los miró a los tres. Andrea tomó del brazo a Fer y Luis y se acercaron a la muchachita.

Los tres se abrazaron un rato. Un rato largo.

Primero Andrea, luego Fer, volvieron a sentarse en la playa.

Cristina y Luis quedaron solos, abrazados. La chica puso sus manos detrás del cuello y se quitó su collar, el de la concha marina. Luego se lo puso al joven.

—Es para que no me olvides, gauchito —dijo y le dio un beso en los labios.

Después de eso, Cristina volvió con las chicas.

Pasarían una hora así, mirando el mar en silencio. Luego Andrea se puso de pie, los demás la siguieron. Volvieron caminando hacia el barrio, con una ciudad ya despertando.

Cuando llegaron a la esquina donde habían conocido a Luis, las tres le dieron un abrazo. No dijeron adiós.

Unos días después, Luis ya estaba a bordo de Don Giobbi, saliendo de la terminal de la ciudad. En un instante estaban atravesando el desierto interminable de la Patagonia. Otra vez Luis vio el paisaje de su vida: un desierto infinito, matas, viento y libertad.

Tenía su mano sobre el pecho. Sentía cada detalle del colgante que le habían regalado. Todavía sentía el abrazo de las chicas y principalmente, seguía sintiendo los labios de Cristina sobre los suyos.

Y algún día, cuando le pregunten de dónde sacó ese colgante pequeño y

gracioso, Luis dirá que se lo dio su primer amor, la chica que lo besó por primera vez.

Y será verdad.

FIN
